



JUAN GOUJON.

Juan Goujon, apellidado el Phidias Francés y el Correggio de la escultura, nació en París en el siglo XVI. No se sabe con exactitud la fecha de su nacimiento; se ignora también dónde y cómo aprendió su arte; pero lo que nadie puede dudar es su género extraordinario que le hizo ser, no solo el restaurador de la escultura en Francia, sino el mejor escultor con que puede honrarse la época que le vió nacer, y de quien su patria podrá gloriarse eternamente.

Mr. Alejandro Lenoir, el distinguido autor del libro titulado

Museo de los monumentos franceses, dice, hablando de él: «Daba tanta gracia y animación á las actitudes de las mugeres que esculpió, y había tal perfección en el manejo de su cincel, que se le puede comparar imparcialmente con los artistas mas hábiles de la antigüedad, sobre todo al admirar sus bajos relieves, que era la parte de escultura en que mas sobresalía.»

Por lo demás la vida de Juan Goujon fué como lo son las de casi todos los hombres de génio: una continuación de obras maestras in-

terrupta por una catástrofe. Perceid de un tiro de arcabuz el 24 de agosto de 1872, el día de San Bartolomé!... Goujon era protestante. M. Lenoir dice que fué muerto estando colocando la fuente de los Inocentes; pero la opinión más acreditada es que le alcanzó el halazo estando subido en el tablado en que trabajaba en los adornos del Louvre.

De todos los trabajos de Juan Goujon, el más conocido y el que merece más aprecio es, sin contradicción alguna, la fuente de los Inocentes, que fué construida por él en 1530, en la esquina de una casa de la calle de *Saint Denis*, y que fué trasladada después al centro de una plaza, de la que constituye hoy el mejor adorno.

Efectivamente, es imposible producir bellezas más nobles y grandiosas que las náyadas que hay en aquella fuente. ¡Qué simplicidad tan noble en el conjunto de la composición, qué buen efecto! Aquellas figuras de bajo relieve no parecen fijadas en un fondo, sino que se cree percibir todos sus contornos. Esto consistió en que pocos escultores han comprendido tan bien como Juan Goujon las reglas de la óptica y del bajo relieve, porque fué inimitable en el arte de modelar un cuerpo poco saliente y darle redondez, fijando la luz en las partes salientes, y haciéndola deslizar sobre las que deben permanecer ocultas. ¡Qué seductora y circunspecta es á un tiempo la disposición pública de los ropajes!

En el palacio *Carnavalet*, en la calle *Culture-Sainte-Catherine*, donde Mme. de Sevigné escribió tanto, se pueden admirar también las esculturas de Juan Goujon. La puerta principal está adornada con bajos relieves que representan leones, victorias y famas, y en el patio hay una cornisa preciosa compuesta de niños jugando con festones. También es suya la tribuna de la sala de los *Oliv Susos*, sostenida por cariátidas de proporciones algo gigantescas, es verdad, pero de un gusto exquisito, y de un dibujo admirable. También había adornado el pórtico de la iglesia de San Antonio con cuatro bajos relieves que representan el *Sena*, el *Marna*, el *Oise* y *Venas* saliendo de las olas. Los cuatro se hallan hoy en el museo, donde se pueden admirar varias obras cuyas salvadas por M. Lenoir del huracán revolucionario de 1795. También son suyas las figuras cronológicas que rodean las ventanas circulares del Louvre.

El rincón de tierra en que reposa Juan Goujon de sus magníficos trabajos, exigió un monumento digno de él. M. Lenoir se ha encargado de erigirlo de una manera tan delicada como ingeniosa: empleando para la composición del monumento las obras mismas del artista, cuyas cenizas van á cubrir. Dos niñas representan la Victoria y la Paz acompañan el busto del gran escultor grabado por Ménéclou. El bajo relieve está sacado de la fuente de los Inocentes.

HISTORIA DE LA LETRA DE CAMBIO.

De todas las operaciones á que se entregan en nuestros días el comercio y la industria, ninguna merece mejor los progresos inmensos que se han hecho que los contratos de cambio en su aplicación principal; es decir, la sustitución de los valores de crédito á los valores de numerario, ó en otros términos, la negociación de los efectos.

Para buscar su origen, si nos remontamos á la antigüedad y nuestra vista se debiera en la Grecia colonizada por el Egipto y la Fenicia, la historia nos presenta un gran número de ciudades enriquecidas por el comercio, pero que no han conservado más que el recuerdo de su celebridad. Para conocer la legislación que favoreció los progresos del comercio helénico, es preciso consultar á Atenas: el texto completo de sus leyes no ha llegado á nuestros ojos; pero hallamos en los escritos de sus historiadores célebres el fondo de su legislación. De su contesto se infiere que los atenienses tuvieron banqueros, cuyo oficio consistía en cambiar las diferentes monedas, encargarse del cobro de créditos, hacer pagos por cuenta de un tercero, y también hacer que se encontrasen fondos en un lugar por medio de un contravalor dado en otro. Esta última operación viene á ser el objeto de nuestro contrato de cambio, y los atenienses no tenían para obtener sus ventajas más que hacer un solo progreso; inventar las letras de cambio.

Lo mismo sucede con esta invención que con otras muchas: almirar al considerar su aparente sencillez, que el hombre haya tardado tanto tiempo en descubrirlas. ¿Cómo los egipcios, conducidos por las necesidades del comercio á la práctica del contrato de cambio, han podido ignorar un medio tan fácil de ejecución como la letra, que no es otra cosa que la orden escrita de hacer una operación en cierta época y en un lugar determinada?

En el derecho romano no se encuentra vestigio alguno de este contrato. En Roma se sabe que el comercio, abandonado á los liber-

los y á los extranjeros, no progresó apenas. Si un ciudadano pudiente tenía relaciones ó necesidades en cualquiera pueblo vecino, enviaba á un esclavo, y así constantemente se veían los caminos de Roma plagados de corpulentos esclavos ó libertos portadores de mensajes. Cicerón, para hacer que llegase á Grecia el dinero subdito á su hijo, que estudiaba literatura y filosofía, había tenido que enviar un esclavo si no hubiese encontrado un amigo que le hiciera este servicio. Así es como los romanos, que tan desdénosamente miraban al comercio, fueron castigados de su indiferencia por la privación de uno de sus principales beneficios; la facilidad de las comunicaciones. ¡Felices aun si no hubiesen espiado más duramente este error! Pero en la Roma republicana, ¿cómo era posible hallar hombres libres sino en el número de los patriotas? Envidioso y miserable, porque era extraño á todo comercio, el pueblo rey, no hallaba su libertad sino en los campos ó sobre el monte Aventino, en la revolución ó en la guerra. No busquemos, pues, en Roma el origen de un contrato eminentemente comercial: las costumbres de Roma nos explican el silencio de sus leyes.

Que la letra de cambio es de un origen moderno, no admite duda; pero ¿en qué época comenzó á ponerse en uso? Dos opiniones hay distintas, aunque igualmente respetables. Según la una su invención pertenece á los judíos refugiados en la Lombardia después de su expulsión de Francia: la otra la atribuye á los gibelinos arrojados por los güelfos, de Florencia su patria. En una y otra opinión la letra de cambio se inventó para evitar la espoliación.

No hay quien ignore la hacha de los güelfos y gibelinos que después de haber, por espacio de dos siglos, servido á la Italia en los horrores de una guerra de odio y venganza, causó la espatriación de un gran número de italianos. Por lo demás es cierta que estos proscritos refugiados en Alemania, Francia y Holanda se entregaron al comercio, y practicaron toda clase de operaciones de cambio; pero la historia coloca la espulsion de los güelfos hacia el fin del siglo XIV y la letra de cambio entonces era ya conocida y estaba en uso. Esto es lo que demuestran las sabias investigaciones practicadas por Mr. Pardessus; dice así: «El estatuto inédito de Aviñón de 1245 contiene un párrafo titulado *De Literis Cambi*; en 1248 el papa Inocencio IV depositó en el banco de Venecia una suma considerable para hacerla llegar á un banqueo de Franchet. Un estatuto de Marsella en 1255 ofrece también alguna ilustración; una negociación de este género está atestigüada por un acta relativamente á Inglaterra. En fin, una ley de Venecia de 1272 designa claramente las letras de cambio.»

Toda lo que puede decirse respecto á los gibelinos, es que han estendiido y vulgarizado el uso de las letras en los países donde usaron un asilo.

Montesquieu en *El Espíritu de las leyes*, y Savary que puede citarse con Montesquieu, porque el comercio le debe la ordenanza de 1873 y otras muchas obras, y porque si no fué un grande hombre, fué al menos un buen ciudadano; Montesquieu y Savary señalan á los judíos como inventores de las letras de cambio, por medio de las cuales llegaron á conseguir sustraer sus bienes á la confiscación. Hemos dicho en otra ocasión que esta opinión fué adoptada por un sabio profesor de economía política, y después le ha sostenido y desarrollado Mr. Kougler, abogado del foro de París, en una memoria publicada recientemente.

El autor de esta memoria llama la atención sobre que en las ciudades donde se han refugiado los judíos, la mayor parte originarios de Lombardia, las plazas públicas y las calles que frecuentaron han tomado su nombre. Así se ve en Londres, en Viena, en Amsterdam y en París que la plaza *Lombarda*, la calle de los *Lombardos*, y el cuartel ó barrio de *Lombardos* son los sitios donde hacían las operaciones de cambio. Esta denominación universal es, en concepto del autor de la memoria, un homenaje tributado á los judíos inventores de la letra de cambio; y que rebata la opinión que atribuye su invención á los gibelinos. «¡Los gibelinos, dice, hubieran querido consagrar la memoria de una patria que los había diezmado y proscribido? Contra esto puede decirse que las facciones son las que proscriben, no la patria, y así la memoria del país es siempre cara á los proscritos: pero puede creerse que haya querido hacerse en esto un homenaje á los judíos? Si se ha olvidado su historia, las tradiciones de la edad media no se han borrado todavía: muy cerca de nosotros, en el día mismo, en 1855, la Suiza los proscribió, y los proscribió en masa, cualquiera que sea su patria, su carácter y la posición que ocupen en la sociedad! Y en Inglaterra la elección popular, que había elevado á un judío á las funciones de la magistratura municipal, se estrella con una ley antigua que declara á la nación judía indigna de ejercerla! Esa ley está derogada en Inglaterra, se nos contestó con mucha gravedad; pero ¿lo son más explícitamente esas leyes abominables, que reduciendo los judíos á la condición de bestias, los ponían en circulación como una mercadería

ría? ¿Vil rebato que el rey Enrique III vendía á su hermano Ricardo: *«ni quos vas auriferos, vobis vicariare?»*

Todas estas denominaciones, que nada prueban en cuanto á las letras de cambio, son por lo demás muy posteriores en fecha á la época de la expulsión de los judíos, que tuvo lugar en el reinado de Felipe Augusto; es verdad que fueron aun espulsados de Francia en otras dos épocas; en el siglo VI por Dagoberto, y por Felipe el Largo en 1316; pero en la primera época apenas se conocía la escritura en Francia, y la letra se refiere al siglo XIII, en que ya el comercio, como acabamos de demostrar, hacía uso de las letras de cambio.

Es menester considerar también que no se trató de uno de esos acontecimientos sencillos, cuya revelación hiere la imaginación de los pueblos, y que la misma utilidad de las letras de cambio no podía concerse por una nación que no se aprovechaba de ella.

Como quiera que sea, se nos dirá, no cabe duda en que los judíos inventaron las letras de cambio para guardarse de las persecuciones de sus enemigos, eludiendo las leyes de proscripción y confiscación. Aquí es donde Mr. Pardessus recuerda con vigor que el contrato de cambio exige una doble confianza en la solvencia del que debe hacer el pago (el girado), y el que dá la orden de pagar (el girador). Ahora bien, hallándose proscriptos y amenazados de confiscación, ¿qué crédito presentaban los judíos, cuyo infortunio, según la expresión de Montesquieu, era el consuelo de los pueblos? Se pretende que se valdrían «de los viajeros y peregrinos;» y aunque puede concebirse que los peregrinos hayan podido encargarse de letras giradas por los judíos desde los lugares donde se habían refugiado, no se alcanza cómo pudo echar en olvido el poder fiscal, las cantidades inmensas que se suponen necesarias para estas letras de cambio; ni qué poderoso interés movía á los portadores de estos mensajeros á infringir las leyes rigurosas concernientes á los judíos y sus adictos. ¿No habían de haber despertado la desconfianza de la autoridad estos frecuentes viajes, mayormente en una época en que las relaciones de un país con otro eran tan escasas? Y por último, ¿la exportación de valores móviles, monedas ó metales, no estaba prohibida bajo las penas mas severas?

Mas conforme á la verosimilitud y al mecanismo del contexto de cambio, será creer que ó los judíos, advertidos del golpe de estado que les amenazaba, confiaron sus valores á algunos comerciantes, recibiendo letras de cambio por correspondencia suyos en otros países, ó que quisieron desde el extranjero contra sus deudores de Francia; pero los deudores fueron perdonados por un decreto del rey, escuso un quinto que les fué reservado; y en la otra hipótesis las relaciones que se espanten, tan fáciles en el día, y comprendidas universalmente, exigen un estado comercial que no existía entonces; y en tiempo de tanta ignorancia había de haber sido inventada la letra de cambio por el destrouso pueblo judaico para venir á ser inútil en sus manos! Nos parece imposible que se pueda atribuir el honor de esta invención individualmente á ningun hombre ni á ningun pueblo, y creemos que este vehículo del comercio moderno, ha nacido del desarrollo progresivo del comercio y de la civilización.

Dirijámos la vista á la Europa en la edad media, y veremos que el sistema político tuvo por base la fuerza; que los soldados solamente se consideraban, despreciando toda clase de trabajo, y que el poco comercio, indispensable á este estado social, fué abandonado á los extranjeros, y los judíos se apoderaron de él.

Para él se necesitaba todo el valor de una vocación decidida, porque en aquella época la condición de siervo, villano ó gaupeau era aun mejor que la del comerciante, que para ejercer su industria, no solo tenía que arrostrar el peligro de caminos sin abrir y la dificultad de las comunicaciones, sino que otros muchos riesgos le aguardaban: aquí, desde un alto torreón que domina el camino, delante, mercader, le dicen, y paga el precio que te se exige por el paso: allí son fozes profundas los que interceptan el tránsito y ejercen para un dueño menos poderoso, pero no menos activo, el oficio de los torreones ó castillos á quienes el mercader paga de nuevo si quiere seguir adelante. Una nube de polvo, adelantándose, indica la aproximación de un gran señor seguido de sus criados, que recorre el país y detiene al viajero. Algunas veces, el pobre mercader, dicen las crónicas, tenía que acudir al recurso de la protección de músicos y antojos curiosos, y llamando la atención de los compradores se conciliaba la benevolencia del despota feudal: solo al cabo de largos y constantes esfuerzos pudo salir el comercio de tal estado de envilecimiento; los mercaderes se reunieron, se armaron, y arrojándose páso con la fuerza, desde luego prebilaron su independencia.

Puede decirse que la Italia es la cuna del comercio moderno; en medio de las hostilidades casi permanentes, entre los estados en que estaba dividido el territorio, el comercio obtuvo para ciertos parages una especie de franquicia y de inviolabilidad por medio de la cual se olvidaron un instante las enemistades particulares y los odios nacionales, y á favor de esta traba comercial, los mercaderes de todos

los países se entregaron con seguridad al ejercicio de su industria. A ejemplo de Italia se formaron en Francia sitios de depósito para el comercio, á quienes se llamó *ferias*; cada comerciante llevaba mercaderías de su país y algunos metales acuñados: entre estos comerciantes, de naciones, de lenguaje y de industria diferentes, se conoció la necesidad de intermediarios, y nació una nueva industria, que consistió en facilitar las relaciones entre comerciante y comerciante, y cambiar sus valores respectivos; esta negociación es la que constituye el cambio, y tomó el nombre de *banco*, de la palabra italiana *banca*, que designa la tienda ó mostrador de madera sobre que se ejecutaba. Otros intermediarios nacieron de otras necesidades; estos se ocuparon de la colocación de las mercaderías, de la recaudación de los fondos, y de los pagos que había que hacer según la orden del comerciante.

Estos servicios se limitaban á las localidades, quedando á los comerciantes una nueva dificultad, la de llevar á su país el precio de sus mercaderías, ó llevarle consigo en otros viajes; es verdad que este precio no solía consistir en metales de peso; habiase acordado dar un curso universal al numerario que pareció mas perfecto ó que estaba mas estendido; los *seques* de Venecia habian obtenido esta distinción; y por este medio, el viajero de retorno iba menos embarrasado, pero no menos expuesto.

Entonces fué cuando los ingenios auxiliares del comercio imaginaron dar en cambio de la plata ó el oro que se les confiaba, letras dirigidas á amigos ó correspondientes en el lugar á que marchaba, contentiendo la orden de pagar la suma que se expresaba. A nuestro parecer así es como el comercio por el curso natural de las cosas, y las necesidades cada vez mayores de su desarrollo, fué conocido de progreso en progreso, hasta la invención de la letra de cambio.

La autoridad, á quien este modo invisible de circulación habia antes alarmado, no vió en la práctica mas que un medio de retener el numerario, que consideraba como la única riqueza del país. Gracias á este error, la letra de cambio, libre en su curso, ha obrado maravillas, y el comercio ha llegado á ser con su auxilio el agente mas poderoso de la civilización de los pueblos, y de la prosperidad de los imperios.

LAS ALPUJARRAS DE CAMEROS.

En la parte mas elevada de la industriosa sierra de Cameros, existen varios pueblitos que llaman las *Alpujarras*, y cuyos habitantes viven en la mayor pobreza. Una casita tal como se presenta á la vista del transeunte, con las paredes desnudas y los pocos muebles estropeados: una puerta frágil que tiembla al menor golpe del viento: un establo de aspecto triste y miserable, y un tejado cubierto de piedra losa sin la menor armadura de yeso: hé aquí diseñada en pocas palabras la vivienda del rústico camerano.

Las bestias estan allí entre el polvo mas infecto, y el corazón del viajero se oprime á la vista de una de aquellas pequeñas mulas ó machos, cuyo estado de estenuacion y de hambre le hará recordar toda la desamada de sus dueños. Despues de subir con suma dificultad una escalera de palo, se encuentra ordinariamente á la entrada de la cocina una vieja sentada en el suelo. Es la mujer del dueño de tan mísero albergue. Su rostro presenta un aspecto degradado por la miseria: largas mechas de cabellos grises flotan sobre su cuello amarillo y arrugado como un pergamino; y muda, inmóvil y sentada sobre los alones, dirige una mirada sombría hácia unos cabritos que tiene tendidos á sus pies.

Luego que el viajero penetra en la cocina, advierte delante del hogar en que se consumen algunos pedazos de leña, una especie de criatura humana, masa inerte, cubierta de barbas y comida de piojos, abrumada bajo el triste peso de la inteligencia, del apuro y del dolor. Esta persona es el marido de la anciana que está á la entrada de aquella humilde habitación. Parece que aun no siente el humo repugnante y denso, cuyas oleadas apenas logra escapar por los agujeros de la chimenea. Muy cerca de él duermen ó bostezan media docena de chiguillos, todos mal vestidos y acostados en tierra sobre algunos montones de paja seca, y á quienes la muerte á probaba por lo regular antes que hayan llegado á la adolescencia; porque su estómago, debilitado por las privaciones, no puede soportar los trabajos y alimentos groseros de la familia, cuando les es preciso renunciar al pecho. Si á este hombre se le habla, se levanta: la estenuacion y el hambre estan impresas en sus ojos.

Algunas veces se lamenta de la inconsideración del gobierno que le saca mucha parte del sudor de su rostro. Otras veces calla.... y la apatía y el embotamiento son los únicos que se pintan en su sem-

blante, cuya expresión lastimosa y glacial es aun mas terrible que la cólera del cielo y la desesperación de la criatura.

Pues bien: tan espantosa como es semejante existencia, este ser humano que no tiene mas que sus brazos para mantenerse y para dar de comer á su numerosa familia, se considera muy feliz cuando, al espirar el año, ve que no ha padecido enfermedad alguna, y que se encuentra en disposición de ir al monte á coger leña; porque el sistema prohibitivo no le permite dedicarse á ocupación mas provechosa.

Los alpujarreños y las alpujarreñas de Cameros, desde que amanece hasta que anochece Dios, no ponen los pies en casa. Tanto varones como hembras hacen los mismos oficios y disfrutan de la misma miseria. Ellos y ellas se van á dar de comer á sus cabras; van á arar con sus bueyes las tierras; marchan al monte á partir leña; se presentan en los pueblos granados á vender el combustible, y adquieren algun dinero despachando los huevos de gallina, los quesos y la leche de cabra.



(Alpujarreños cameranos.)

Las alpujarreñas visten una saya corta de paño pardo y burdo, jubón de lo mismo, pañuelo de percal en los hombros con las puntas metidas dentro del jubón; van calzadas con alarcas y peales de bayeta pajiza, y su cabeza la cubren con un pañuelo blanco de tres picos. Los hombres visten calzon corto, chaleco largo de solapa, chupa y anguarina en cuello; y todas estas prendas son de paño pardo ordinario. Calzan abarcas con peales blancos, y cubren su cabeza con una montera de tres picos y de color de papa seca. Los que son individuos de ayuntamiento, ostentan además en las funciones religiosas de sus pueblos una toquilla de lino blanco atada al cuello y con las puntas salientes. Pasa y advierte el que para dos y tres pueblos de las Alpujarras no haya mas que un solo cura, un simple barbero que desempeñe las funciones de médico y cirujano, y un mal maestro de escuela.

(Singular contraste!) Los españoles que pueblan las solitarias y miserables Alpujarras de Cameros, pagan excesivos tributos y continuos repatriamientos; sufren la cruel y odiosa contribución de sangre entregando al Estado los hijos que le son tan necesarios y precisos para el monte y para la labranza como lo es el pan cotidiano para el sustento de la humanidad. Son menos cabados en sus escasos y pobres productos con el pago de ciertos derechos que tienen que satisfacer cada vez que van á la capital de su provincia, que es Logroño, á vender los huevos de gallina, los cabritos, la leche y los quesos; de cuyos miserables artículos se ven precisados á dejar en la alhóndiga la tercera parte de lo que en sí valen. ¡Y no es dura y terrible semejante situación, puesto que los infelices alpujarreños no pueden sostener

ellos solos á un triste sacerdote que en sus respectivos pueblos les auxilie en los últimos momentos de su vida, ni pueden dar el salario correspondiente á solo un médico, ni siquiera á un cirujano, y todavia menos á un boticario? Solo resta ahora que los hombres que disfrutan de las delicias de los países privilegiados por la naturaleza, formen una idea exacta del cuadro sombrío que presenta aquella comarca en la estación rigurosa del invierno. Hagamos, pues, su pintura.

Un fúnebre capuz envluta la tierra: todo parece muerto. Únicamente reinan el frío, la tristeza y el silencio, como si el fin del mundo hubiese ya llegado. Apenas el silvido aguda del viento se deja oír de cuando en cuando, para manifestar que la creación de las Alpujarras de Cameros no está enteramente helada y privada de movimiento. Las aguas se hallan coajadas, y el sol encapotado y sustituido por una luz empañada y cárdena. Solo el alpujarreño queda abandonado á sus propios recursos; y destituido de la tutela de la naturaleza, labra él mismo su suerte. Si algunas dificultades se tienen que superar, no puede confiar para sostener su vida sino en sus propias fuerzas y en la de sus hermanos: la naturaleza viene á desconocerle.

Todos los alpujarreños reunidos en sociedad, no alcanzan á contrastar el invierno. Los desampara y los apersona cara á cara con la naturaleza en aquella fría estación. Yacen los desventurados y se ven reducidos como los irracionales y salvajes del Norte, á socavar en la tierra un hoyo donde sepultarse con alguna corta provision. ¡Qué estado tan trabajoso! Pero aun acaece mas.

Dejando al alpujarreño entre sus paisanos, le quita ajustamente la mejor parte del fruto de sus sudores: le imposibilita en sus afanes provechosos, y le priva al propio tiempo de todo auxilio y resguardo. Entonces si que se presenta acreedor á toda nuestra compasión. Si el invierno, en medio de un país triste, escabroso y despojado de todos sus habitantes y de toda vegetación, parece haberse convertido en el dominio de la muerte: si el invierno, repetimos, en medio de los espantosos desiertos que forma la nieve, infunde, á nuestro juicio, los mas sublimes conceptos de aniquilamiento y ruina: visto en la vivienda del pobre alpujarreño, ¿no traspasará mas hondamente nuestro corazón!

Después que en la morada del rico hemos visto el mundo desconocido á la naturaleza misma y no menos magnífico que aquel que campea en sus dias mas despejados y hermosos, podríamos, entreabriendo algunas puertas que dan tambien á las calles de los lugares alpujarreños, fijar nuestras miradas sobre un mundo de aflicción, de desamparo y de padecimientos, muy distinto del primero, y al que nada de cuanto existe iguala en tristeza.

Si se debiesen justipreciar los objetos por sus meras apariencias, se podría decir que por un lado hemos visto el paraíso y por otro el infierno. ¡Pero á qué seguir mas adelante una relacion tan triste y desconcertadora? ¡Hay por ventura alguno tan extraño á los quebrantos de la sociedad de ciertos países, que no haya columbrado, aunque no sea mas que por un extremo, el teatro de los pobres en invierno, y que la volandera vislumbre de aquella perspectiva no le haya impresionado mas que todos los cuadros que pudiera exhibir un jóven escritor? Si nos complacemos en decantar los primores y regalos de la humanidad, tambien nos duele sobremedra el tener que contar sus llagas y retratar sus desventuras. Es una cuenta que cada uno se forma fácilmente á sus solas, y que es muy sagrada para que entablemos sobre ella una vana declamacion.

BERNABÉ ESPAÑA.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuacion.)

VII.

Antecedentes.

Una indisposición de nuestro huésped interrumpió durante algunos dias las acostumbradas reuniones, y en consecuencia la narracion de la pendiente historia, cuyos complicados y varios lances nos tenían á todos suspensos y aun curiosos. Así es que, restablecido que hubo el bueno de don Antonio, acudimos puntualmente á la

esta que para proseguir nuestro habitual recreo, nos dió aquel excelente amigo.

«¿Ha vuelto Alfonso?» preguntó el impaciente Don Diego, apenas servido el café.

«Ha vuelto», contestó Don Antonio; «y no tardará en venir.»

Don Diego. ¿Con ánimo sin duda de proseguir su cuento, que va para mí siendo un laberinto?

Don Antonio. Con ese ánimo viene, en efecto.

Don Diego. Y quiera Dios que también traiga el de ser más claro y ordenado en las cosas que refiere, pues, á decir verdad, van confundiéndose de tal manera en mi memoria personajes y sucesos, que dentro de poco habré perdido completamente el hilo de la historia.

Don Antonio. Es V. amigo don Diego, el oyente más descontentadizo y el censor más agrio que imaginarse puede.

Don Diego. Seré lo que á V. se le antoje; pero el hecho es que nuestro cuento que, por lo largo, ya puede llamarse cuento de cuentos, está embrolladísimo.

El Redactor. No me lo parece así, pues, descartados los episodios y descripciones accesorias, redúcese todo á pocos lances y no muchos personajes.

Don Diego. Eso era lo que nos faltaba;—¡Pesca mi vida!—que se nos viniese V. enlazando la sencillez del relato.

El Redactor. ¿Quiere V. que, en prueba de la exactitud de mi aserto, le refiera en breves palabras lo esencial de cuanto hasta aquí nos han dicho Alfonso y el señor don Antonio?

Don Diego. Si quiero, aunque no sea más que para ver si así ordeno las ideas.

Don Antonio. Pues manos á la obra, hermano Redactor, que ya esperamos su compendio.

Redactor. Digo, pues, tomando por base el orden cronológico, que don Fadrique de Vargas, contrariado desde niño en sus inclinaciones, fué un mal magistrado habiendo podido ser quizá un militar excelente. Hipócrita fatalmente, casó sin amor con una comarista ascéticamente virtuosa, tan buena en el fondo como poco amable en las formas; y de aquel infeliz matrimonio procedieron Laura, la esposa del conde de San Justo, é Inés, cuya historia ignoramos hasta ahora. Pero como las violentas y comprimidas pasiones de don Fadrique habían de tener forzosamente algun mal desdicho, prendió de Milágoras, la casi gitana, y hubo en ella á Matilde, esposa del capitán Mendoza, y primer amor de nuestro Alfonso. Este al salir al mundo se halló en contacto con la hija bastarda de Vargas, y ya por intrigas de ella, ya por sus propias imprudencias, se indispuso con Sotopardo, á quien, sin que tampoco sepamos la causa, se conocía en su regimiento con el nombre de don Carlos el Malo, para distinguirlo de su tío y compañero Mendoza.

Tenemos, pues, á don Fadrique castigado de su inmortalidad con el destierro de la patria....

Don Antonio. Andando el tiempo verán VV. que fué aun más severo el castigo.

El Redactor. Me limito á decir lo que sé, y persigo: la comarista, dejando este pícaro mundo, salió de penas; Laura, trágica é infeliz, espóron temprana muerte culpa quizá de su mala estrella; Sotopardo fué desterrado á Canarias; y Alfonso tuvo la que yo llamaré desgracia de encontrarse de nuevo á Matilde y entablar con ella culpables relaciones. ¿No es esto en resumen lo que sabemos? ¿No está clara la historia?

Don Diego. Para V. podrá estarle; mas yo quiero que me expliquen el compendio....

Sono en esto la campanilla de la puerta, y pocos instantes después vimos entrar en la estancia en que nos hallábamos á Alfonso acompañado de un hombre cuyo cabello, sembrado ya de plateadas canas, anunciaba, sino precisamente la vejez, al menos muy entrada el ojo de la efímera vida humana. Sin embargo, el aire resuelto, el paso firme, la mirada límpida y serena, los ademanes nobles, y un cierto no sé qué de marcialidad templada por una excelente educación, nos hicieron comprender que nuestro nuevo adeo tenía más de avejentados que de viejo, y que su profesión debía de ser la misma de Alfonso.

Poco tardamos en saber á qué veníamos, porque como era natural, procedió el amante de Matilde á la presentación de su amigo según las reglas, diciendo á don Antonio:

«Compla á V. mi palabra, y le traigo á mi mejor amigo, el brigadier Don Carlos de Sotopardo.»

Hecho á la consideración del lector la curiosidad con que todos nosotros contemplábamos á un hombre del cual, aunque pocas, teníamos ya bastantes noticias para desear conocer más á fondo los lances de su vida; pero don Antonio, comprendiendo cuán embarazosa es la situación de aquel que sabe fijar en sí la atención de toda una sociedad, acudió al remedio con tacto y rapidez, diciéndonos:

«¿No contaban ustedes con el señor Alfonso y yo les hemos preparado esta sorpresa, de la cual estoy cierto que no les pesa, ni

mucha menos; así como sé que ha de complacerles aun más saber que el señor (Sotopardo) lleva la complacencia hasta el punto de ingresar en nuestra sociedad, y encargarse de ser en ella su propio cronista.»

Dicho esto, y previos los usuales cumplimientos entre gentes que se ven por vez primera, concedió nuestro presidente la palabra al brigadier Sotopardo, quien la usó de este modo:

«Nací, señores, rico y noble; y dígoles no por vanagloria, sino porque acaso de esas dos mercedes que debí á la fortuna proceden en gran parte los disgustos que amargaron mi juventud. Quizá, si la suerte me obligase á luchar desde luego con los obstáculos que á un oscuro nacimiento y escaso caudal son consiguientes, perdiera mi carácter su allívez excesiva, y amoldárase mi espíritu á las exigencias del mundo; mas ello es que fué de otra manera, y que huérfano, y heredando, por tanto, desde mis primeros años, entré en la vida, como en la mar procelosa el bajel al salir del dique de construcción; con mas alientos que idea de los riesgos que me esperaban. Escogí la carrera militar, porque ella había sido la de mis antepasados, y porque á ella también me arrastraba mi propia inclinación, además de que la guerra de la independencia, con cuyos últimos años coincidí mi tránsito desde la infancia á la juventud, llamaba á los campos de batalla á cuantos del nombre de españoles eran dignos.

«Hubiera podido entonces comenzar á servir con alguna graduación, mas preferí tomar los cordones, porque, en mi inexperiencia y caballescotes instintos, creía yo mas noble hacerme la carrera que debérsela al favor ó al dinero.—La guerra es, como todo en este mundo, mas ó menos poética vista de lejos, horriblemente prosaica en la práctica. Los combates son lo de menos, porque en ellos el pundonor ó el orgullo, la sed de gloria ó la ambición, compensan mas que suficientemente riesgos y fatigas; pero las marchas largas, penosas y repetidas; el sol que abrasa y la lluvia que hiela; el hambre que debilita y la suciedad que repugna; la ineptitud de un gefe y la brutalidad de otro; la obscuridad del lenguaje y lo salvaje de las maneras; la rapacidad en el saqueo y lo feroz en el incendio; las mil y una decepciones, en fin, que halla en cada paso de su militar existencia, el que entra en ella, como yo lo hice, con los comentarios de Cesar, la retirada de Jenofonte, y las descripciones de Quinto Curcio impresas en el alma, esas son las difíciles de soportar; esas las que desencantan, esas las que hacen de muchos militares otras tantas máquinas fácticas en vez de hombres pensadores.

«Tengo la desgracia de ser de aquellos á quienes las dificultades incitan y los desengaños anardecen; mi desdichado espíritu, al menos en los primeros años, que en los que ya tengo es otra cosa; mi desdichado espíritu, digno, se revelaba contra la realidad, porque desmentía sus quiméricas esperanzas, y así desde el principio de mi vida comenzó también entre el mundo y yo una lucha que ya me ha costado amarguísimas penas, y si continúa podrá costarme inutilidad.

«Cuando vi que, aun entre soldados, la adulación servil solía obtener tanta preferencia sobre el mérito sólido y positivo; cuando advertí que de una ocasión pospuso el valor real á la habilidad de un fanfarrón escamoteador de balas; cuando comprendí, en fin, que aun en los campos de batalla era necesaria la charlatanería para mediar, apoderéme de mi corazón una violenta ira que me condujo al borde del precipicio; si bien por distinta senda de aquella en que, si mis ideas fueran otras, hubiera corrido riesgo de lanzarme.

«Permitame VV., señores, pues que su objeto en estas conversaciones es, según Alfonso me ha dicho, mas bien el estudio de las costumbres y el análisis de las influencias sociales en la humana naturaleza, que el de entretener con inverosímiles relatos algunos momentos de ocio, que les diga en pocas palabras cuál era mi situación moral al lanzarme al mundo.

«Mi tutor había cuidado solo de prepararme convenientemente para la carrera de las armas, si bien por vía de lujo, y para que no fuese enteramente lego, me hizo aprender el latín, que en aquellos tiempos se enseñaba en Italia también para mayor equívoco de los desdichados aprendices. En cuanto á la educación moral, creyérase bastante enseñarme el Ripalda y el Fleury; y con eso y las matemáticas elementales ya se me dió por completamente educado. Mas yo, señores, tuve desde niño una deplorable atracción á los rangones desiguales, que me impelia á leer, y lo que es peor, á encomendar á la memoria hasta los romances de Juan de la Encina y Pedro Calderón, con todos los demas en que se ensalzan y encomian las virtudes y hazañas de los héroes patibularios.

«Muchos ó desdichadamente, que aun no sé cosa cierta, entre los libros de mi difunto padre, tambien amante de las letras, hallé á mano una copiosa colección de comedias de nuestro teatro antiguo. A miya lectura me entregué con avidez insalvable.—Cibieron tan desde luego mi ator favorito, y sus escenas me inundaron, por decirlo así, aquel espíritu caballeresco convertido casi en religioso por el autor inmortal de *La vida es sueño*.—No quiero ensayar á VV. una

ociosas disertaciones, ni la ocasión constante tampoco profundizar la materia: básteme indicar que imbuido en la *teología del honor* que Calderón desenvuelve con singular maestría en todas sus obras, debí á ella no haberme arrojado sin freno en la senda del mal luego que zomazó el mundo á azolarlo implacable con la vara inflexible de los desengaños.—En cambio, empuro, creíame autorizado, pues que todo en la sociedad chocaba con mis ideas, á considerarme en guerra abierta con los hombres y las cosas, y á proceder en consecuencia.—Con tales disposiciones el hábil se hace intrigante, el cobarde traidor; y el que ni hábil ni cobarde ha nacido, maldiciente y dualista: tal fué, señores, digo con vergüenza y sentimiento, el papel que desde muy niño comencé á representar en el mundo.

«Y explicados así los fundamentos morales de mi carácter, tiempo es ya de darles á los sucesos y á las personas la parte principalísima que de derecho reclamaban en mi relato.»

Respiró D. Diego al oír las últimas referidas palabras de D. Carlos, como si de encima le quitáran enorme peso; y Sotopardo, después de una brevísima pausa, prosiguió diciendo:

«Sin embargo de lo que dejó indicado acerca de cuánto influye el favor en materia de recompensas militares, mi buena fortuna y el gran consumo de oficiales que hacían las batallas francas, dispusieron de modo las cosas que á los pocos meses de servicio obtuve en el campo de batalla el ascenso á alférez en mi propio regimiento y tal destino á la compañía que mandaba el entonces capitán D. Pedro de Almazan.»

Don Diego. No me parece que oigo ese nombre por voz primera.

Don Antonio. Alfonso nos ha hablado ya de ese engato.

Alfonso. Así es; y dijo á VV. que él era teniente coronel del regimiento á que fué destinado al salir de la casa de Pages.

El Redactor. Pues que sabemos ya quién es, dejemos al señor que continúe.

Sotopardo. Almazan tenía en la época á que yo me refiero algunos años menos que cuando le conocí Alfonso; pero su carácter y proceder eran idénticos en el fondo.

«Iniciados y prolijo en el servicio interior, desordenaba completamente la índole de su noble profesión, creyendo que saber de memoria la fórmula de los ajustes, y la distancia de botón á botón, bastaba para ser buen oficial.—*Papelista* además, es decir, de esos que malgastan los días y las noches en formas estadas y alboraz guarnidos, ni la guerra era su elemento, ni yo el subalterno que en manera alguna le convenía; pero ni en su mano estaba terminar la lucha contra la Francia, ni en la mía eximirme de obedecerle.—El aquel hombre y yo nos hubiéramos encontrado y visto unidos en cualquiera otra carrera, no tengo la menor duda de que al segundo día, sino al primero, estárara entre ambos una guerra encarnizada: mas la profesión militar tiene la buena propiedad, entre otras, de ennoblecir hasta la esclavitud, haciéndosela soportable y llevadera aun á los áunimos mas independientes.»

Don Diego. ¡Ya lo creo; al que respira fuera de la regla le fusilan!

Sotopardo. Perdóneme V., señor mío: la severidad necesaria de las leyes militares en materias de disciplina no explica el fenómeno de que trató, ó al menos no basta á explicarlo por sí sola. No niego yo que para el soldado, en general ignorante y traído mal su grado al servicio, sea el temor del castigo, al menos al empezar la carrera, el único freno que le contenga; pero si otro principio mas noble, mas espiritual sobre todo, no obrara en el ánimo de la obediencia, que alrevo á asegurar sin temor de ser desmentido por ninguno de mis compañeros, que en breve tiempo se relajarian los vinculos de la disciplina, hasta llegar á la disolución del ejército.—¿Y sabe V. por qué el hombre de mas activa condición tolera en la milicia las injusticias y durezas de sus jefes? Pues es en virtud de una que pudiéramos llamar ley natural, sino fuese un sentimiento lógico; es porque la graduación escuela al hombre, es porque la severidad con que se observa el orden gerárquico ofrece siempre la compensación al lado del disgusto. No es *don Estano de Tal* el que reconviene á castiga; no es *don Mengano* el reconviene ó castiga de, sino el *Cornel* quien pesa sobre el *Capitan*, que sabe ocupará cuando á su vez sea *Cornel*, y mientras con respecto á todos sus subalternos ocupa la mas alta y mas inviolable posición que de sus dias debiendo al jefe que por el momento le mortifica.—En resumen, en asuntos del servicio no se vé á los hombres, sino á los empleos, y en virtud de esa consideración, mas ó menos ilusoria en el fondo; pero en sus efectos omnipotente entre militares, pude yo resignarme á sufrir meses y aun años las impertinencias continuas, las cavilosasidades pesantes, las injusticias patentes; la exigencia inexplicable del capitán que me cupo en suerte.—Y es de advertir, señores, que desde el punto y hora que nos vimos nos repugnamos instintiva é inevitablemente el uno al otro, sin que de tal fenómeno sepa yo dar otra explicación mas que la de compararlo á la antipatía que reina entre perros y ga-

los.—Y ya que esa comparación se me ha ocurrido, sirva tambien para que de lo que entonces éramos entramos puedan VV. formarse una idea.—Almazan, siempre ágil y compuesto como una dama; yo desaliado como un filósofo, aunque, gracias al cielo, no sadio; él, formalista, metódico y prolijo; yo aturrido, desordenado y negligente; él cauto, yo ligero; él callado y yo locuaz con exceso, no estamos mal simbolizados en el gato diplomático y el perro de saya turbulento y alborotado.

«Como quiera que sea, Almazan espiaba con ansia y aprovechaba con delicia las ocasiones de arrojar sobre mí el peso de su antipatía, mientras que yo, adivinándole sus no muy sanas intenciones, me guardé de fraudarlas siendo lo que se llama *un Saizo* en los cuerpos de guardia, quiero decir, para que lo entiendan los legos, una especie de cronómetro militar, que ni falta ni sobra un punto en la ejecución de cuanto la Ordenanza previene.—Difícil, muy difícil es no caer nunca en falta, pero al cabo posible cuando se hace de ello punto de honra, y el amor propio nos sostiene; y esa dificultad posible de vencer, yo alcancé á superarla durante dos años consecutivos. Pero de los esfuerzos y sacrificios que yo hacía, y de las decepciones que encontraba en ellos mi capitán, resultó que la repugnancia primitiva se convirtióse primero en antipatía, y al cabo en odio violento e implacable.»

«Sin embargo, mientras duró la guerra la ventaja estuvo de mi parte, porque, y siento decirlo, al frente del escuadrón era opinion comun que el subalterno valia alguna cosa mas que su capitán. Cuando la lucha estalló entre nosotros fué una vez libra España de la invasion francesa.»

«El año de 45 era Almazan comandante de escuadrón, y yo capitán en el propio regimiento, que fué destinado de guarnición á Sevilla.»

«Pero antes de referir los sucesos que allí me ocurrieron, conviene sepán VV. que ya entonces mi mala reputación de maldiciente y dualista habia adquirido proporciones verdaderamente excesivas con relación á los hechos que de fundamento le servían.—Algunas ocurrencias satíricas, mas ó menos felices, contra *patronas* menos ó mas floides; tal cual epigrama contra los ridiculeros ó torpezas de algunos gefes; y la apreciación, poco benévola á la verdad, que en general solia yo hacer de las cosas del mundo, no merecian que se me hiciera pasar por un Zoilo implacable. Hice locuras, como todos los militares jóvenes las hacen; jugué con lealtad sobrada; hué de batirme en desalio unas cinco ó seis veces; pero como ni por las locuras olvidé nunca las obligaciones de mi empleo, ni el juego me envileció, ni en los desalios fuí desgraciado, y como á mayor abundamiento el bello sexo de campaña no me trataba con rigor excesivo, creyeron oportuno aquellos á quienes pase en ridiculo, convenci de tabures; vine con las armas, ó desbanqué con las damas, forjarme una reputación de *D. Juan Tenorio* que estaba muy lejos de merecer; y digo, señores, ahora ya pisando los limites de la vejez, con toda la sinceridad de un alma hondamente arrepentida, sin embargo, de las juveniles estratagemas.»

«Pero mi mala estrella, y la peor voluntad de Almazan, habian ordenado las cosas como deja dicho; porque mi antiguo capitán, con su aspecto jesuitico, sus formas corteses y sus palabras mielosas, era en efecto el motor y cabeza de la conjuración contra mi urdida.»

«Sucedió, pues, que pedí y obtuve, concludida la guerra, la cruz de Alcázar que llevo al pecho, y una Real licencia para Madrid, con el doble objeto de cruzarme y de poner en orden mis negocios personales, durante la campaña completamente abandonados; y mientras á lo uno y á lo otro atendía yo en la Corte, mi regimiento se instalaba en Sevilla, y Almazan con los demás oficiales mis enemigos echaba los cimientos de la mala fama que por desgracia lograron darne en aquella ciudad, con perjuicio no solo mío, sino de terceras y muy respetables personas.»

«Pero, señores, la noche ha cerrado, y me parece que convendrá dejar para otro dia la prosecucion de los sucesos de mi vida.»

(Continuad.)

FINICIO DE LA ESCOSURA.

Temores de un marido.

Dos labradores estaban hablando del buen aspecto que presentaba la estación.

—«Si continúa esta lluvia quince dias, dijo uno de ellos, todo saldrá de la tierra.»

—«¿Ay Dios mío! ¿que dice? contestó el otro; yo que tengo dos mujeres en el campo santo...»

EL DUENDE

DE VALLADOLID.

(Tradición yucateca.)

(Conclusion.)

IV.

En silencio está la villa;
Triste y lóbrega es la noche,
Que envuelta en negros celajes
La tibia luna se esconde.
Dornado el viento parece,
Y del cerrado horizonte
Rusgan el oscuro seno
Fugaces exhalaciones.
La atmósfera encapotada,
Permite apenas que asomen
De algún errante lucero
Los trémulos resplandores.
Solo el silencio interrumpe,
Con lento y sonoro loque
Las posternas campanadas
Que dá el reloj de la torre.
A intervalos se desprende
De los negros nubarrones
Leve lluvia que en su seno
Sedienta la tierra absorbe,
Y entre ráfagas de fuego,
Que ardientes la descomponen,
De sus calientes entrañas
Brotan en húmedos vapores.
Es este el solemne instante
En que el corazón del hombre
Con pavorosa tristeza
En sí mismo se recoge.
Hora en que al mezcuzino cuerpo
El alma se sobrepone,
Y de la materia inerte
La frágil corteza rompe.
O bien en los lazos presa
De negras supersticiones,
Se repliega amedrentada
Dentro de su cárcel torpe.
Dichoso aquel que arrullado
De mágicas ilusiones,
Con blando reposo duerme
Sin penas que le devoren!
Mas ¿quién dormirá en la villa
Oyendo el rumor discordante
Con que ya turba el silencio
El torvo duende disforme?
¿Quién dormirá, si no tiene
Hecho el corazón de bronce,
Cuando á tan grandes peligros
El cura su vida espone?
Pero ¡ay, su afán es en vano!
En vano el buen sacerdote
Con indomable constancia
Plazas y calles recorre;
Que el fantasma, temeroso,
Ante sus pasos veloces
Huyendo se desvanece.
O en las tinieblas se esconde.
Y Tomás, por todas partes
Su bisopo blandiendo, corre,
Bañando en agua bendita
Puertas y guarda-cantones;
Y así caminando, á vueltas
De uno y otro *Pater Noster*,
Apostrófale irritado
Con esta y otras razones:
Lánzate al abismo, lánzate,
Negro espíritu!—*Ipsa vobis*
Imperat...—Haye maligno!
Vade retro!—*Qui per mortem*
Suum vos, principem vestrum
Mortemque devicit...—¿Me oyes,
Maldito!—*Et ligavit atque*
Eternis gehennis...—Responde,
Perró!—*Manois parvis ignibus*,
—¿Se hace flamenco!—*Ipsa vobis*
Imperat...—¿No tengo frío?
¿Se habrá declarado norte?
¡Valor!—*Qui inferno spoliato*...
¡Jun! ¡jun!—*Surraicit á mortuis*
¿Mas si es miedo por ventura?
¿San Ruperto, san Onofre!
Y así pasó largas horas
Hasta que ya en los relojes

Oyó, con ardiente júbilo,
Sonar completas las doce.
¡Abatido está el maligno!
¿Qué mucho, puea, que rebose
El corazón del buen viejo
Latiendo de orgullo noble?
Enagenado y triunfante
Hacia su mirada corre;
Abra las puertas y... quédase
Helado, confuso, inmóvil!
¡Oh! nunca, nunca creyera
Escándalo tan enorme,
A no atestiguarlo unánimes
La tradición y los códices.
Y es el caso que Lersundi
Sobre la mesa encontróse
De su acostumbrada cena
Los residuos, en desórden:
Envueltos halla entre estiércol
Los vizecochos y alfajores,
Y por el suelo vertida
La *ficara* (1) del posole (2).
En vez del Jerez balsámico,
La turbia limeta esconde
La licor que... no lo digo;
Perdóneme mis lectores (3).
Al ver tan fiero espectáculo
El dolor le sobrecoge,
Que resistir no ha podido
La crudeza de este golpe.
De sus ojos espantados
Brotaron dos lagrimones,
Y, al fin, en su pobre lecho
Sin ánimo desplómose.

V.

Bienes y males son breves,
Verdad que no admite duda,
Tamaño como diez puños,
Y vieja, mas no caduca,
Todo tiene fin: ya nadie
La paz de la villa turba:
Ya del maligno cesaron
Las incursiones nocturnas.
Nada interrumpe el silencio
De la triste noche oscura,
Y los vecinos reposan
Con tranquilidad profunda.
¿Acaso el duende, aterrado
Por el valor del buen cura,
En los antros del infierno
Con su vergüenza se oculta?
¿O qué poder sobrehumano
Del torpe espíritu triunfa,
Si del valiente Lersundi
Inútil fué la bravura?
Fué el caso, según se afirma,
Que el clero adoptó por suya
La causa, y juró vengar
Del pobre Tomás la injuria.
Citóse al punto á cabildo,
Y salió de la consulta
Buscar un santo abogado
Y solicitar su ayuda.
Mas hubo tal discordancia
En la elección, que por mutua
Aquiescencia se dejó
El negocio á la ventura.

(1) Fruto del *ficara*, árbol silvestre en Yucatán. Produce con tal abundancia, que fructifica hasta en el tronco y en las raíces salientes. La *ficara* es del todo esférica, pasando las mayores tercia de un pulg. de diámetro: la corteza es muy sólida, como de liuca y media de espesor. Se siembra por la mitad cuando ha sazonado perfectamente, y se cubre en agua para que se desprendan toda la parte interior que guarda la simiente. Estas medias esferas se destinan á varios usos, y hacen especialmente el servicio de nuestras tazas: son muy blancas, limpias y de gran duración, encontrándose en ellas un gran número de la clase indígena y proletaria por lo insignificante de su precio.

(2) Bebida común y necesaria á los indios. Se hace de maíz, cocido primeramente en agua de cal, y después en agua pura hasta que levanta el grano. Se refina groseramente entre dos piedras, y siempre que la masa deba guardarse por algunos días, se la carga de sal, evitando de este modo que la fermentación sea muy activa. Para servirlo se diluye en agua clara, y se suele endulzar con azúcar y miel de abejas.

(3) El Dr. D. Pedro Saubá de Aguilar, en su informe contra idólatras videntes que publicó en Madrid en 1659, dice que el cura halló en la fuente mucho estiércol de su mal, y la limeta llena de insectos viejos. Sus palabras textuales.

Encerráronse las cédulas
En la misteriosa urna,
Y un monago rapazuelo
Sacó de entre todas una.
San Clemente Papa fué
El agraciado, aunque juzgan
Autores que hubo cobecheo.
Mas no falta quien lo impugna.
Elo es lo cierto, que el santo,
Sin oposicion ninguna,
Fué aclamado por el pueblo
Con repiques y aleluya.
Y fué eficaz el remedio:
Ya no hay miedo que interrumpan
El reposo de la villa,
Demonios, trasgos ni brujas.
Por esta razon se guarda
En una antigua pintura
La memoria del milagro,
Cuya fama perpetúa.
El santo papa está en pié,
Y á aquel padre de la culpa
Atado tiene á sus plantas
Odio respirando y furia.
Del templo de san Francisco
Aun hoy el retablo ocupa
Y tan propio está el rebelde,
Que solo el mirarlo acusta.
Mas ya te oigo, lector mío,
Que curioso me preguntas
Si de mi Juana han cesado
Las amorosas angustias.
Tal vez de su adversa suerte
Compadecido te ocupas,
Y culpando mi abandono
De inconsecuencia me acustas.
Plugiéra á Dios que así fuese,
Y que, aunque tosca y difusa,
De esta verdadera historia
Guardases memoria alguna.
Respira, lector: Juanita
No ha encerrado en la clausura
Del convento, los hechizos
Con que seduce y deslumbró.
Tampoco del viejo Osorio
El ciego amor la atribula;
Que Pedro Guzmán, al cabo,
A su pretension renuncia.
Mas cuál el motivo fué
De semejante conducta?
Trastornaron al buen padre
De Juana las garatufas?
¿Es cierto que el mismo día
Que conoció su locura
Y habló á Vargas, se acabaron
Del duende las travesuras?
Es cierto; y con tal motivo
Mil opiniones circulan,
Muy problemáticas todas,
Pero fundada, ninguna.
La verdad del caso, nadie
La sabe, aunque la presuma;
Porque todo ello no pasa
De chismes y conjeturas.
Piensa tú lo que te agrada,
Lector; mas si fué ó no astucia
De Vargas, es lo seguro
Que se salió con la suya.
Llegó el venturoso día
En que de tanta amargura
Logre el premio, sin que nadie
Sus ilusiones destruya.
Del zaguan del noble Pedro
Con dignidad y mesura
Sale ya la comitiva,
Que toda la calle inunda.
Amigos los mas de Pedro
Son, viejos de cara enjuta,
Venerables calvas grandes,
Redondas como la luna.
Y va el desdichado Osorio,
Y en su faz lóbrega y mustia
Lleva el dolor retratado...
Respetemos su locura.
Bazquín de chamelote
Lleva la novia, con puntas
De alfo y primoroso encaje,
Mas liviano que la espuma.
Va la niña hecha un portento,
Peregrina como nunca,
Toda perlas y caireles,

Toda encantos y hermosura.
Lágrimas de ardiente gozo
Sus claros ojos anublan,
Y el amor y la vergüenza
Tienen su frente de púrpura.
Por donde quiera que pasa
Mil bendiciones escucha
Que sus mejillas encienden,
Aunque el corazón la adula.
Vargas, radiante de gozo
Y respirando ventura,
Vá á su lado, y de su amada
La ardiente mirada busca.
Calado lleva el sombrero,
Todo crizado de plumas;
Almidonada y blanca,
Rico gabán de gualtera.
Y su lengua espada lleva
Con arrogante apostura,
Colgada en la roja banda
Que el ancho pecho le cruza.
Precede á la comitiva
Ronca y discordante música
De stucbes (1) y sacatanes (2),

(1) Instrumento músico de los indígenas. Se hace de una vara pequeña y entera, despojada de toda la sustancia interior. Por el agujero por donde se ha extraído ésta, que se hace en el lugar del tronco, se introducen algunas pequeñas guitarras, tapando después el agujero con el extremo de un palo corto y labrado, que le sirve de mango. El movimiento de las guitarras dentro de la vara forma el sonido zordo y monótono de este instrumento.

(2) Especie de caja de guerra, con la diferencia

De tunkales (1) y tortugas (2).
Detrás de los novios siguen
Los convidados en turba:
Detrás de los convidados,
Los muchachos y la chusma.
Llegan por fin á la iglesia,
Donde la nupcial coyunda
Vá á anudar el fuerte lazo
Que solo rompe la tumba.

de ser mas larga que las nuestras, y de no tener mas que un parche. Se toca con las palmas de las manos. Llámase tambien sacatán un baile grotesco de una ó dos personas vestidos nris, que se ejecuta al son de este instrumento con exclusion de cualquiera otro. Igualmente si el baile ha dado su nombre al instrumento, ó al contrario.

(1) Si se ha de juzgar por el nombre de este instrumento, debe creerse que fué inventado por los indios para solemnizar sus fiestas religiosas. Tan-kal, que era su nombre primitivo, quiere decir delante del templo ó se está adorando. Se hace de un trozo de madera sólida y lisa, de figura cilíndrica, con dos hemisferios que corren á lo largo del cilindro, y una transversal cortando por mitad de aquellos. De estos que las tres forman una H prolongada. El tunkal no es otra cosa que dos teclas horizontales y firmes, que se hacen sonar por medio de dos baquetas encozquilladas de hule ó goma elástica.

(2) Es el carapacho enteró de este elástico, que pendiente de un hilo sujeto con la mano izquierda, se hiere con la derecha por medio de un asta de hierro con golpes rítmicos y pausados. En lengua maya se llama thorech, voz compuesta de una onomatópica, que es thorech, imitación del sonido que forma el instrumento, y del sustantivo uc, que significa tortuga ó galapaga.

Estasidos de alborozo,
Con las diestras manos juntas,
Delante del sacerdote
Constancia eterna se juran.
¡Si! con varonil acento
Francisco Vargas pronuncia:
¡Si! reprimiendo su gozo,
Turbada Juana murmura.
Dios los haga bien casados,
Sin que jamás se destruya
Esa ilusión engañosa
Que los encanta y deslumbra.

Conclusion.

Después de la ceremonia
Empezó la baxaunda:
Hubo arroz y gallo muerto;
Corrió el licor de la uva.
Mas como todo es preciso
Que en este mundo conclaya,
Se dispersó por la noche
La concurrencia importuna.
Pedro saludó á los novios:
Juanita quedó confusa,
Y maestro Vargas... — ¡Hay hombres
Con insolente fortuna!

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

